



## DOMINGO III DE PASCUA C

### PACIENTA MIS OVEJAS... ”

Durante el tiempo de Pascua, la Iglesia no cesa de contemplar a su Señor, muerto y resucitado. Es la Cabeza y el Salvador, dice Pedro ante el Sanedrín (primera lectura). Él es igualmente el Cordero inmolado y vencedor, dice el Apocalipsis (segunda lectura). Él es el Señor que confía su Iglesia a Pedro y a sus compañeros, dice el final del evangelio de Juan.

## LA MESA DE LA PALABRA

### PRIMERA LECTURA

**Profundizar este texto: Hechos 5, 27-32. 40-41.**

Los Apóstoles, como Jesús en el momento de la pasión, comparecen ante el Sanedrín, el gran consejo. El sumo sacerdote está inquieto: ¿qué pasaría si el pueblo iba a reírse de la muerte de Jesús? El discurso de Pedro es un resumen de la fe cristiana naciente. En un juego sorprendente, opone la acción mortífera de los jefes a la vivificante de Dios: Vosotros lo habéis ejecutado, él lo ha resucitado. Los responsables del pueblo han fallado en su tarea. Han obedecido a los hombres y no a Dios. No han visto que el Dios de Israel, el Dios de nuestros padres, ha concedido el perdón de los pecados en la persona de Jesús. Ellos han asesinado aquel que es la Cabeza y el Salvador.

Tenemos aquí dos títulos cristológicos muy antiguos. Ningún se podría traducir por Prototipo modelo destinado a ser reproducido. Jesús es el primer resucitado que abre el camino a la multitud de quienes están destinados a la salvación.

Salvador es una palabra rara. No figura más que una sola vez en el evangelio de Lucas, en el anuncio del nacimiento: Hoy os ha nacido un Salvador que es el Mesías, el Señor. (Lc 2,11). Los cristianos vacilan en atribuir este título a Jesús porque los reyes de la época, a menudo verdaderos tiranos, se autoproclamaban salvadores del pueblo.

Delante del Sanedrín, ante el gran consejo, Pedro proclama que sólo Cristo es el Salvador. ¿Cómo lo es? Permitiendo al pueblo convertirse (etimológicamente: girarse, volverse, hacia Dios) y en consecuencia acoger el perdón que le es ofrecido “graciosamente”. En fidelidad a la orden recibida del Señor, los apóstoles y sus sucesores anuncian este mensaje al mundo, a los judíos en primer lugar, a continuación, a los paganos. Nadie los podrá acallar. (Service Biblique Catholique: Evangile te vie).

### • EL SALMO 29.

El poeta celebra la acción benéfica de Dios jugando con los contrastes: bajar- remontar, cólera- bondad, un instante- toda la vida, anochecer- mañana, lágrimas- gritos de alegría, dolor- danza, vestidos de luto- vestidos de fiesta, de alegría.

Dios es bueno con los suyos, porque es fiel a su Alianza. Como un buen rey, protege, salva a quienes ponen su confianza en él. Con Jesús, Dios da una nueva prueba de su fidelidad. Haciéndolo salir definitivamente del abismo, lo constituye Salvador de todos los hombres.



La segunda estrofa interrumpe la plegaria dirigida a Dios. El poeta se dirige a los fieles en torno a él. Los invita a recordarse. Deben recordar el nombre santísimo de Dios, recordar la historia santa a lo largo de la cual Dios ha dado muchas pruebas de su amor.

### **SEGUNDA LECTURA Apocalipsis 5, 11-14.**

Los fragmentos del Apocalipsis, seleccionados para estos domingos de Pascua, nos presentan los grandes actores y las realizaciones de la nueva historia inaugurada por la victoria de Cristo sobre las fuerzas de la muerte. Es precisamente esta victoria y este vencedor que celebra el fragmento de este domingo. El espectáculo es grandioso, reúne multitudes innumerables, centenares de millones, todas las criaturas de todos los espacios existentes, alrededor del vencedor, el Cordero, que es Cristo, y que conduce toda la creación hacia su Padre, que está sentado en el trono. Es una visión de futuro, anuncia el resultado ineluctable de la acción iniciada en la Pascua, el gran reencuentro de Dios y de sus hijos, para una fiesta eterna que compensa todas las dificultades y sufrimientos padecidos. El libro del Apocalipsis leído en este tiempo de Pascua propone visiones de gloria y triunfo. (Signes d'aujourd'hui 171, p. 78).

### **COMENTARIO AL EVANGELIO Juan 21,1-19**

Como el Apocalipsis, el simbolismo de las cifras y de los números juega un gran papel en el evangelio de Juan.

Los discípulos son en número de siete, cifra perfecta que puede evocar la totalidad de la Iglesia. Toda la noche sus esfuerzos son infructuosos. Ni tienen con que alimentar el desconocido de la acera. Contrariamente, cuando ellos se dejan guiar por este hombre, las redes están llenas, 153 peces. Extraña precisión que San Jerónimo ha sabido interpretar de forma relevante. Señala, en efecto, que los naturalistas de la época decían que existían 153 especies de peces en el mar. Estos 153 peces, así, señalan la totalidad de los pueblos de la tierra. Se piensa igualmente en el censo ordenado por el rey Salomón que contó 153.600 extranjeros en la tierra de Israel (Cr 2, 16).



Jesús invita a los apóstoles a convertirse en “pescadores de hombres” por todo el mundo entero. Pero antes de que la Iglesia empiece su misión, queda por ajustar cuestiones de precedencias. A orillas del lago, Pedro fue el primero en unirse al Señor. Pero es el discípulo amado el primero en reconocerlo. Lo mismo pasó en Jerusalén, la mañana de Pascua. Corriendo ante Pedro, el discípulo estimado lo había dejado entrar en el sepulcro vacío. No obstante él lo había precedido en la fe pascual.

Tiene, por lo tanto, una doble prioridad. Las dos se sitúan en dos planos diferentes. El primero es místico. La Iglesia tiene su razón de ser en su Señor. Lo debe reconocer por la fe y amarlo con todo el corazón. El segundo es social. La iglesia es un cuerpo visible, que tiene necesidad de organizarse para poder subsistir y desarrollarse. Después de haberle permitido rehacerse de su triple negación, Jesús confía la responsabilidad de la comunidad a

Pedro. Esta responsabilidad suprema, como las otras responsabilidades en la Iglesia, no tiene razón de ser si no está fundamentada en el amor. (*Service Biblique Catholique: Evangile et vie*).